

Desde el fondo del gallinero

A Fukuyama nunca se le hubiera ocurrido formular esa tesis del fin de la historia si hubiera vivido en España durante los últimos veinte años.

Han sido tan fuertes los terremotos desde entonces que sólo un tambaleante Nicolás Redondo y el que todavía es presidente del Gobierno, Felipe González, siguen al frente de las múltiples instituciones que desde entonces protagonizan la vida política de este país.

No ganamos para sustos. Del 23-F a Rumasa, de Flick a Filesa, del «caso Roldán» al de los fondos reservados. La adolescente democracia española está demostrando eso, ser joven, inquieta, efervescente, con exceso de ímpetu y desmedida en ciertas ocasiones. Episodios singulares que alarman a la población no faltan, pero en cuanto saltan a la luz, que es cuando empiezan a preocupar, comienzan su digestión.

Un nuevo temblor ha comenzado con el XXXIII Congreso del PSOE, que hoy termina. El evento supone, ya desde su gestación y fase precongresual, un jalón más en la historia de nuestro país.

Aunque el congreso no será tan maniqueo como algunos lo han querido presentar, la batalla que se va a librar entre bastidores va a ser tremenda. Si bien algunas delegaciones, como la vasca, probablemente con la mente puesta en problemas para ellos de mayor importancia, acuden al mismo sin fisuras internas y con un propósito integrador, la mayoría de las familias socialistas deberán hacer gala de su mejor civismo para llegar a pactar un congreso que se celebra en unas circunstancias muy especiales.

Para empezar, Alfonso Guerra, ocupe el lugar que ocupe en la nueva ejecutiva, dejará de ser el número dos que ha venido siendo en el partido desde hace veinte años. Con él, un buen número de fieles y correligionarios suyos verán despla-

zada su esfera de influencia.

A no ser que nos hayan engañado a todos, y es más que posible, también es la primera vez desde la legalización del PSOE que se celebra un congreso sin reuniones previas González-Guerra.

Lógico y esperado hubiera sido que secretario y vicesecretario general de un partido se hubieran reunido para amarrar un buen número de asuntos. Dadas las circunstancias, sin embargo, recibir a Guerra habría dado pie a que una opinión pública hostil hubiera señalado con sarna al guerrismo como corriente interna. Habría sido un error de bulto. Más que a una corriente interna, Guerra representa a toda una parte, y muy importante, del partido.

Recibir a Guerra habría dado pie a que una opinión pública hostil señalara al guerrismo como corriente interna

El tándem González-Guerra va a ser sustituido por el pacto de los «barones» con Felipe González, que por fin va a conseguir romper con el carácter bicéfalo de la dirección del partido. La anunciada ejecutiva ecléctica, cuyo organigrama funcional aún no se conoce con exactitud, no será más que el fruto de una nueva depuración que dejará lugar a la inevitable renovación, con buen número de jóvenes y de mujeres, alejados en su mayoría, eso sí, del auténtico núcleo duro.

Aunque hasta la noche del sábado no habrá fumata blanca, Felipe ya ha hecho la ejecutiva. Junto a los que por decisión personal suya sean alzados a la categoría de notables, también se sentarán en ella los fantasmas de algunas viejas glorias que tendrán que conformarse con conservar cierta capacidad de

incordiar. Sin embargo, por la mano de Guerra, previsiblemente y si acepta el nuevo reparto de fuerzas, seguirán pasando algunos temas importantes.

En este congreso, González no sólo se ha encargado de seleccionar a los invitados al banquete final, sino que también ha confeccionado personalmente el menú que se les va a servir. Desde Moncloa y con sus continuos encuentros con unos y otros menos con Guerra no ha dejado ni un solo detalle a la improvisación.

Però no toda la suerte está echada. Aún quedan ciertos interrogantes que sólo serán despejados en el transcurso de las jornadas de hoy y mañana.

Aunque mutilado por el hachazo del «hermano-affaire»,

consigan sillón en la ejecutiva (aunque el número estará lejos de los 12 con los que contaba hasta la actualidad). De esa forma, y al menos hasta las próximas elecciones andaluzas de junio, González sellará el silencio de su desencontrado amigo. El equilibrio resultante le permitiría neutralizar a unos y a otros según las circunstancias.

González se llevará el congreso de calle y será aclamado como el gran vencedor. Este fin de semana, el Palacio de Exposiciones y Congresos de Madrid será testigo del asalto feipista al socialismo. González habrá conseguido «manos libres» al desprenderse de un alter ego que primero le incomodó en el Gobierno y después en el partido. Però su pacto con los «barones» le obligará a funcionar electoralmente para sobrevivir. Las cartas están boca arriba. El día que la máquina González deje de producir votos, también a él se le propondrá una salida digna. Son cosas del poder, como diría Duverger.

En las próximas elecciones generales no le bastará con negociar y pactar. Entonces tendrá que convencer, y eso, en un país que a fuerza de tanto embaucador se torna suspicaz y desconfiado a ritmo creciente, será casi una misión imposible.

Felipe González es, junto a Adolfo Suárez, el más intuitivo, cautivador, sagaz y persuasivo de los políticos españoles contemporáneos: A diferencia del duque, a González hasta ahora no le ha fallado el partido, y su esperada victoria vendrá a remachar aún más su perfil político: hombre de Estado, sobre todo, pero también hombre de partido.

González, a quien el socialismo español le debe tanto, tanto poder sobre todo, ha demostrado ser capaz de romper con todo tipo de tradiciones o lastres ideológicos. En esta ocasión volverá a apostar a caballo ganador en todos los flancos. Ni dejará que se le caiga la O al PSOE, ni forzará a su partido a que

se convierta al neoliberalismo, aunque siga aplicando sus postulados económicos. Sabe que la socialdemocracia aún puede depararle muchos réditos electorales y que, con unos comunistas escorbóticos, podrá seguir capitalizando su discurso de izquierdas, aun teniendo en tantos temas el corazón y la cartera a la derecha.

Sin debate ideológico, con la imaginación colectiva desgastada y una opinión pública increíble ante las nuevas fórmulas y soluciones que puedan proponerse para los grandes problemas nacionales, el rito congresual se centrará exclusivamente en el reparto de poder interno del partido.

En un Estado social y democrático de derecho, como el que constituimos en 1978, la división de poderes queda matizada por el juego de los partidos. Si a ello se une el hecho de que desde 1982 las cotas de representación popular alcanzadas por los socialistas les ha permitido dominar la práctica totalidad de la realidad institucional del país, bien puede comprenderse que detrás del maratón de las sesenta horas de debate de estos tres días no sólo están en juego secretarías y presidencias internas, sino Ministerios y Consejerías, decretos y leyes, bancos y televisiones, cultura y economía, el futuro mismo de la sociedad.

No sé si me dejarán. No tengo amigos importantes en el PSOE. Tal vez, sin embargo, consiga de algún burócrata una acreditación como invitado u observador. ¡Lo que daría por ver pasillar y conspirar a Guerra en persona! Sería una lástima que, aunque fuera desde el fondo del gallinero, no me dejaran poder presenciar la puesta en escena política más trascendente de los últimos años.